LIBROS SALVAJES
Errata naturae editores

100% SOSTENIBLE
100% RESPONSABLES
100% COMPROMETIDOS

ASÍ HEMOS HECHO ESTE LIBRO

Salvo casos excepcionales, trabajamos con una empresa papelera que funciona con biocombustibles locales y se abastece de los bosques cercanos, que gestiona de forma estrictamente sostenible. Ha implantado voluntariamente el Reglamento de la Unión Europea de Ecogestión y Ecoauditoría, y WWF la considera una de las fábricas más sostenibles del mundo.

Allí fabrican el papel interior y exterior con el que se ha hecho este libro, con unas emisiones certificadas de 365 kg de CO_2 por tonelada de papel: un 50 % menos que la media europea y un 75 % menos que la media española. En otras palabras: uno de los papeles más sostenibles del mercado (además de tener las certificaciones FSC, PEFC, ISO9001, ISO14001 y EU Ecolabel).

Uno de los mayores problemas ecológicos a la hora de fabricar papel (y de hacer libros) es el consumo de agua: la media europea está entre 10 y 15 litros por kilo según la European Enviromental Agency. La fabricación del papel interior y exterior de este libro ha consumido solo entre 3 y 4 litros por kilo de papel.

Queremos eliminar todos los materiales de origen fósil de nuestros libros y de nuestro trabajo. Por eso este libro no está plastificado (si lo estuviera, su tirada habría consumido más de 500 m^2 de plástico).

El transporte del papel desde la empresa papelera hasta la imprenta se hace, en buena medida, en trenes de larga distancia, e imprimimos a menos de 300 km de nuestra oficina, todo lo cual nos permite reducir notablemente las emisiones contaminantes.

Una vez fabricados los libros, los envíos que dependen de nosotros se realizan mediante una mensajería con una de las flotas eléctricas más importantes de España (no es perfecto, lo sabemos, pero supone un primer ahorro de emisiones). Además, el 100 % del personal es contratado y cobra un sueldo fijo, no por entregas (algo fundamental para garantizar formas de conducción más seguras para los trabajadores y más sostenibles para el planeta).

Toda la energía utilizada para editar este libro es 100 % energía verde renovable y certificada. Además proviene de una cooperativa de la que nuestra editorial es miembro, de modo que consumimos la energía que previamente producimos en instalaciones solares, eólicas o de biomasa.

Todos los recursos económicos utilizados para editar este libro estaban depositados en la banca ética, y allí llegarán también los beneficios (¡esperemos que los haya!). De este modo garantizamos que este dinero solo revertirá sobre proyectos sostenibles, con un interés social, cultural y medioambiental, sin inversiones en la economía de las energías fósiles.

Si quieres más información sobre estas cuestiones puedes leer el apartado «Compromisos» de nuestra página web o escribirnos a info@erratanaturae.com.

EL TIGRE

UNA HISTORIA REAL DE VENGANZA Y SUPERVIVENCIA

JOHN VAILLANT

TRADUCCIÓN DE JORDI BELTRÁN

errata naturae

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2026
TÍTULO ORIGINAL: *The Tiger*
Colección Libros salvajes

© 2010, John Vaillant.
© de la traducción, Jordi Beltrán, 2011
© Errata naturae editores, 2026
C/ Sebastián Elcano 32, oficina 25
28012 Madrid
info@erratanaturae.com
www.erratanaturae.com

ISBN: 979-13-87597-50-4
DEPÓSITO LEGAL: M-16981-2026
CÓDIGO IBIC: DN
IMÁGENES DE CUBIERTA: De la reyerta
MAQUETACIÓN: Patricia García Molero
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

La editorial ha realizado todas las gestiones razonables para localizar al titular de los derechos de esta traducción, sin resultado. Esta edición se publica de buena fe, sin ánimo de lesionar derecho alguno, y con reserva de la remuneración correspondiente, que será abonada a quien acredite su condición de titular.

ÍNDICE

Prólogo 11

PRIMERA PARTE 13
Markov

SEGUNDA PARTE 249
Pochepnya

TERCERA PARTE 289
Trush

Epílogo 373

Agradecimientos 387

Nota sobre la traducción 393

Notas 395

Bibliografía selecta 403

A la memoria de Joanna y Ellis Settle

Viriditas

«En la taiga no hay testigos».

V. K. ARSÉNIEV
Dersú Uzalá[1]

«Ningún hombre haría un trato fácil en ese lugar».

Beowulf[2]

PRÓLOGO

Colgada entre los árboles, como si estuviera atrapada allí, hay una luna con forma de hoz. Su luz tenue esparce sombras sobre la nieve y oscurece aún más el bosque que este hombre atraviesa ahora guiándose tanto por el instinto como por la vista. Va a pie, sin más compañía que un perro que corre delante de él, ansiando encaminarse a casa por fin. Por todas partes, los negros troncos de los pinos, los robles y los álamos se alzan hacia la oscuridad por encima de la maleza y los árboles caídos, y sus ramas se extienden por encima de su cabeza en un dosel de jirones. Abedules esbeltos, más blancos que la nieve, parecen emitir su propia luz, que es como el pelaje de un animal en invierno: frío al tacto y en sí mismo. Todo es silencio en este mundo dormido, helado. Hace tanto frío que la saliva se congela antes de llegar al suelo; tanto que a veces los árboles, quebradizos como la paja e incapaces de contener la savia que se expande, estallan espontáneamente. A medida que avanzan, el hombre y el perro dejan ambos un rastro de calor, y el vaho de su aliento levanta nubecillas pálidas sobre sus huellas. Su olor permanece cerca del cuerpo en la oscuridad sin viento, pero el ruido de sus pisadas va

más allá y, por ende, a cada paso que dan, anuncian a la noche su presencia.

A pesar del frío glacial, el hombre calza botas de goma más apropiadas para la lluvia; también su ropa es sorprendentemente ligera, teniendo en cuenta que ha estado a la intemperie todo el día, buscando. El fusil se le ha vuelto pesado en el hombro, al igual que la mochila y la canana.

Pero él conoce este camino como la palma de su mano y su cabaña está casi a la vista. Ahora, por fin, puede permitirse sentir alivio. Tal vez imagina el farol que encenderá y el fuego que preparará; tal vez piensa que pronto dejará en el suelo las cargas. El agua de la tetera está helada, sin duda, pero la estufa, de paredes finas, pronto brillará sobre el frío y la oscuridad, como su propio cuerpo ahora. Pronto llegará un té caliente y un cigarrillo, seguidos de arroz, carne y más cigarrillos. Puede que uno o dos tragos de vodka, si queda algo. Saborea este ritual, se lo sabe de memoria. Entonces, mientras los ángulos conocidos cobran forma al otro lado del claro, el perro topa con un olor como si lo hiciera con una pared y se para en seco, gruñendo. Son compañeros de caza y el hombre comprende: hay alguien junto a la cabaña. Los pelos del lomo del perro y los del cuello del hombre se erizan a la vez.

Y, a la vez, oyen un ruido sordo en la oscuridad que parece venir de todas partes al mismo tiempo.

PRIMERA PARTE

Markov

1

«Hay mucha gente que no cree que esto sucediera realmente. Piensan que es algún fantasma de mi imaginación. Pero fue real. Están los hechos».

YURI ANATOLIEVICH TRUSH

La tarde del 5 de diciembre de 1997, poco después de oscurecer, Yuri Trush, que residía en Luchegorsk, población minera de mediano tamaño del krai del Primorje (Territorio del Litoral), en el Extremo Oriente de Rusia, cerca de la frontera china, recibió una llamada con un mensaje urgente. El Primorje es, entre otras cosas, el último refugio del tigre siberiano, y el funcionario que le llamó por teléfono tenía una noticia inquietante que dar: un hombre había sido atacado cerca de Sobolonye, una pequeña comunidad maderera situada en un espeso bosque, a unos cien kilómetros al nordeste de Luchegorsk. Yuri Trush dirigía una unidad de la Inspección Tigre —una de las seis de la zona—,

cuya misión consistía en investigar delitos cometidos en los bosques, en particular los relacionados con tigres. Debido a que, a menudo, había cazadores furtivos involucrados en ellos, estos incluían los ataques por parte de esos animales. Por tal motivo, esta situación —fuera cual fuese— era ahora problema de Trush, que empezó enseguida a hacer los preparativos para partir hacia Sobolonye.

A primera hora de la mañana siguiente —sábado—, Yuri Trush y sus compañeros de unidad Alexander Gorborukov y Sasha Lazurenko subieron a un camión sobrante del ejército y emprendieron el viaje al norte. Enfundados en trajes de camuflaje con aislamiento térmico y armados con cuchillos, pistolas y fusiles semiautomáticos, los Tigres, como a veces llaman a estos inspectores, parecían, más que guardabosques, una especie de versión rural de los grupos de operaciones especiales de la policía. Su camión de cuatro toneladas, al que apodaban Kung, tenía ya veinte años y era, en el Ejército ruso, el equivalente del Unimog y del Humvee. Con motor de gasolina, cabrestante, tracción en las cuatro ruedas y neumáticos anchos que llegan hasta la cintura, es un vehículo que goza de mucha aceptación en las regiones del interior del Primorje. Junto con un armero para fusiles y soportes para bidones de carburante extras, este vehículo había sido modificado para dar cabida a unas literas improvisadas, y llevaba provisiones suficientes para alimentar a cuatro hombres durante una semana, así como una estufa de leña para que, incluso en el caso de un fallo mecánico total, la dotación pudiera sobrevivir en cualquier paraje natural donde se encontrase.

Después de pasar el control de la policía en las afueras de la población, los Tigres continuaron por una carretera sin asfaltar que conducía al este siguiendo el río Bikin, vía fluvial caudalosa y serpenteante que atraviesa algunas de las tierras más aisladas del norte del Primorje. La temperatura andaba muy por deba-

jo de los cero grados y el suelo estaba cubierto por una gruesa capa de nieve, lo cual dificultaba el avance del pesado camión. Esto permitió que aquellos hombres, todos ellos cazadores experimentados y exsoldados, tuvieran muchas horas para reflexionar y hablar de lo que podía estar esperándoles. Cabe decir, sin temor a equivocarse, que nada de lo que habían vivido anteriormente podría haberles preparado para lo que encontraron.

El Primorje o Territorio del Litoral tiene más o menos la misma extensión que el estado de Washington. Situado en el ángulo sudoriental de Rusia, junto al mar del Japón, se trata de una región de bosques espesos y montañas que aúna la claustrofobia rústica de los Apalaches y la violencia fronteriza del Yukón. La industria es aquí de carácter muy primario: explotación forestal, minería, pesca y caza, todo ello complicado por salarios bajos, funcionarios corruptos, prósperos mercados negros… y algunos de los felinos más grandes del mundo.

Uno de los muchos efectos negativos de la Perestroika y la reapertura de la frontera entre Rusia y China ha sido el aumento de la caza furtiva de tigres. Al desintegrarse la economía y generalizarse el paro en la década de los noventa, profesionales de este tipo de caza, hombres de negocios y ciudadanos corrientes empezaron a aprovecharse de la riqueza del bosque en todas sus formas. Los tigres, al ser tan raros y valiosos, se han visto especialmente afectados; sus órganos, su sangre y sus huesos son muy preciados en la medicina tradicional china. Algunos creen que sus bigotes les harán inmunes a las balas y que sus huesos, una vez pulverizados, aliviarán sus achaques. Otros están convencidos de que su pene aumentará su virilidad, y hay mucha gente —de Tokio a Moscú— dispuesta a pagar miles de dólares por una piel de tigre.

Entre 1992 y 1994, se mataron aproximadamente cien ejemplares, lo cual equivale más o menos a una cuarta parte del total de los ejemplares que había en el país. La mayoría fue a parar a

China. Con ayuda económica (unida a varias presiones) de organismos conservacionistas internacionales, el Gobierno territorial creó la Inspección Tigre con la esperanza de restablecer cierta apariencia de ley y orden en los bosques del Primorje. Tras dotarlos de armas de fuego, cámaras y amplios poderes policiales, se encomendó a estos equipos la tarea de interceptar a los furtivos y resolver el creciente número de conflictos entre tigres y seres humanos.

En muchos sentidos, la dirección de la Inspección Tigre se parece a la de los policías de una brigada de narcóticos, y también los riesgos son semejantes: hay mucho dinero de por medio y sus miembros son, a menudo, individuos desesperados y peligrosos. Los tigres, al igual que las drogas, se venden por gramos y kilos, y su valor aumenta de acuerdo con la pureza tanto del producto como del vendedor. Sin embargo, existen algunas diferencias clave: los tigres pueden llegar a pesar cerca de trescientos kilos; llevan dos millones de años cazando grandes presas, seres humanos incluidos, y tienen memoria. Por estas razones, pueden ser tan peligrosos para los que tratan de protegerlos como para los que pretenden sacar provecho de ellos.

El territorio que la unidad de la Inspección Tigre a la que pertenecía Yuri Trush cubría a mediados de los noventa se situaba en torno al río Bikin. En invierno puedes conducir un camión por el río, pero, en verano, este presenta un aire lánguido, de riachuelo pantanoso. Para muchos de los parados que viven en el valle, las leyes que imponen el río y el bosque son mucho más válidas que las del Gobierno local. Si bien la mayoría de los habitantes de la región practican la caza furtiva sencillamente para sobrevivir, algunos otros lo hacen por el dinero.

En 1997, la Inspección Tigre apenas había cumplido tres años. Teniendo en cuenta el estado de la economía rusa en los años noventa, sus miembros eran unos afortunados, ya que al menos tenían empleo, y más aún porque los grupos conservacionistas

extranjeros les pagaban con dólares. Cuatrocientos dólares era un salario mensual envidiable en aquel tiempo, aunque también era mucho lo que se esperaba a cambio. Cuando efectuaban las acostumbradas inspecciones de la documentación de los cazadores en el bosque, registraban coches sospechosos que se dirigían a la frontera china o tendían trampas a los infractores. La mayoría de la gente con la que trababa la unidad de la Inspección Tigre iba armada. No pocas veces estos encuentros se producían en lugares remotos donde no podían pedir refuerzos, por la sencilla razón de que no los había y, además, nunca sabían qué iban a encontrarse.

A raíz de la Perestroika, en Rusia prácticamente todo se puso a la venta, y cantidades inmensas de pertrechos militares desaparecieron de los arsenales locales. Durante sus incursiones en las numerosas y anónimas cabañas de caza del bosque, Trush y sus compañeros confiscaron explosivos plásticos, TNT y ametralladoras de doce milímetros (calibre cincuenta) robadas de vehículos blindados. Trush era incapaz de imaginar lo que haría un hombre con armas de semejante calibre en el bosque, pero la explicación era más sencilla en el caso de los explosivos: se empleaban para matar peces en masa en los arroyos o para obligar a los osos a salir de sus guaridas. En el mercado asiático se valoran mucho las patas —con las cuales se prepara sopa— y la vesícula biliar —que se emplea con fines medicinales— de estos grandes mamíferos, más incluso que sus pieles o su carne. En el Primorje, a mediados de los noventa, la vida, tanto de seres humanos como de animales, era barata, y la corrupción estaba extendida en todos los niveles del Gobierno. Durante estos años, Trush llevó a cabo redadas en las que cayeron altos mandos de la policía y diputados del parlamento, y tener por enemigos a esta clase de gente era peligroso para cualquiera. Él, sin embargo, que también podía ser peligroso, era perfecto para este trabajo.

Trush mide algo más de metro ochenta, tiene los brazos y las piernas largos, y un torso ancho. Sus ojos, del color de la piedra semipreciosa llamada ojo de tigre y con círculos negros alrededor del iris, se asoman a un rostro de expresión franca y acogedora y están enmarcados por unas cejas grandes y caídas. Aunque delicado y enfermizo de niño, se convirtió en un buen atleta, con una presencia imponente, voz grave y resonante, y la capacidad de conservar la serenidad en circunstancias de suma tensión. Es inmensamente fuerte. De hecho, cuando era un joven soldado en Kazajistán, en los años setenta, ganó una docena de campeonatos regionales de kayak, lo que le valió el rango soviético de Maestro de Deportes, distinción que le otorgaba el derecho a participar en campeonatos nacionales. Se trataba de un compromiso serio, pues su misión no se limitaba a competir con búlgaros y alemanes orientales. «Lo que hacía», dijo, «era defender el honor de las Fuerzas Armadas de la URSS». Cuando contaba unos cuarenta y cinco años e ingresó en la Inspección Tigre, ganó una competición territorial de levantamiento de pesas tres años consecutivos. Esta no consistía en el tipo de levantamiento que uno ve en los Juegos Olímpicos; lo que hacía Trush se parece más bien a una competición inventada por artilleros que se aburrían durante las guerras napoleónicas. El objetivo es levantar una *gyria* —en esencia, una gran bala de cañón provista de un asa— por encima de la cabeza tantas veces como puedas, primero con una mano y luego con la otra. Las *gyrias* son un invento ruso; existen desde hace siglos y su uso favorece claramente a los hombres de baja estatura y a los fornidos. Por ello resulta sorprendente que alguien como Trush, al que la ley de la palanca le es tan desfavorable, levante estas esferas de más de treinta kilos con aparente facilidad.

Trush aprendió a disparar primero con su padre y, más adelante, en el Ejército. También aprendió kárate, aikido y el manejo del cuchillo; en estas actividades, su estatura y su complexión

atlética son una ventaja porque sus largos brazos hacen que resulte casi imposible alcanzarle. Su talento para la lucha cuerpo a cuerpo es tal que al final le contrataron para que enseñara estas habilidades a la policía militar. La fortaleza física de Trush es desbordante, incontenible: agarra, abraza y alborota bastante, y las manos que inician —y controlan— estos juegos son armas apenas disimuladas. Sus puños son mazos nudosos capaces de romper ladrillos. Mientras simula que inmoviliza a alguien o se dispone a asestar un golpe imaginario, uno tiene la sensación de que su cuerpo ansia hacer estas cosas en serio. Refiriéndose a un excolega que se maleó y al que durante años trató de sorprender *in fraganti*, me confesó: «Sabe muy bien que soy capaz de decapitarle con mis propias manos». Esta tensión —entre el vecino, amigo y esposo amable y jovial y el policía macho alfa de los bosques dispuesto a atacar de un momento a otro— infunde energía en casi todas sus interacciones. Es en estas últimas circunstancias en las que parece estar más vivo.

Cuanto más se adentraban en el bosque Trush y sus compañeros, más escabrosa era la carretera. Después de dejar atrás Verjny Pereval, atravesaron un pueblo aislado por la nieve, Yasenovie, comunidad maderera del mismo tamaño y la misma época que Sobolonye. Allí recogieron a un joven agente de policía llamado Bush, pero su presencia en la misión era más protocolaria que práctica. Los ataques de tigres no eran competencia de la policía; sin embargo, si había algún cadáver, Bush estaba obligado a ser testigo de ello. Con él a bordo, siguieron su camino río arriba.

Ya era por la tarde cuando llegaron a Sobolonye, un pueblo pobre con cabañas de troncos sin pintar que a primera vista casi parecía deshabitado. Gorborukov, que iba al volante, sacó el camión de la carretera principal, si se la podía llamar así, y entró en el bosque por un camino en el que solo cabía un vehículo. Días atrás habían caído varios centímetros de nieve y Trush

escudriñaba las cunetas en busca de huellas recientes. Se encontraban a algo más de ochenta kilómetros de la carretera asfaltada más cercana y a apenas tres al este de Sobolonye cuando cruzaron una pista ancha con superficie de grava, que, en aquella zona, resultaba bastante extraña. Había sido concebida durante la era soviética como alternativa de la única carretera decente que atraviesa el Primorje y que sigue el río Ussuri hacia el norte hasta Jabarovsk (la misma ruta que el Transiberiano). A pesar de que por ella circula todo tipo de tráfico, incluidos camiones de carga internacionales, la carretera del Ussuri, bastante descuidada, no es mucho más amplia que una calle residencial; además, la consideraban vulnerable a los ataques de los chinos. Esta nueva vía, aunque más segura, más ancha y más recta, nunca se terminó y, por tanto, en esencia conduce a la nada… en medio de la nada. Solo los madereros, los cazadores furtivos y los contrabandistas, que vienen a ser los únicos que pueden permitirse un vehículo, se benefician de ella. A veces también la usan los tigres.

Durante el invierno, existe en el bosque una cortesía espontánea que se manifiesta en toda clase de caminos. Hace falta mucha energía para abrirse paso por la nieve, especialmente cuando esta se ha endurecido o forma una gruesa capa, de modo que quien pase primero, ya sea animal, ser humano o máquina, presta un servicio valioso a los que van detrás. Debido a que la energía —esto es, la comida— escasea en esta época del año, los favores que ahorran trabajo raras veces son rechazados. Mientras el sendero, el camino de madereros, el río helado o la carretera vayan más o menos en la dirección deseada, otras criaturas del bosque los usarán también, con independencia de quién los hiciera. Los caminos tienen de esta manera un efecto encauzador, igual que un río, en las criaturas tributarias que hay a su alrededor, y pueden propiciar algunos encuentros extraños.

Los últimos cuatro o cinco kilómetros de viaje fueron por un sendero de madereros tan tortuoso e intrincado que incluso

un veterano conductor ruso de las regiones remotas se sintió empujado a gritar, en un torrente de fricativas y erres vibrantes, «¡París-Dakar! ¡Trofeo Camel!». El camino serpenteaba hacia el este a través de los bosques ondulados, cruzando arroyos por puentes de pilas de troncos. Unos tres kilómetros antes de llegar a un campo maderero de propiedad privada, Gorborukov tomó una desviación sin señalizar y se dirigió al norte. Al cabo de unos minutos, se detuvo en un claro en el otro extremo del cual había una cabaña.

La cabaña pertenecía a Vladimir Markov, vecino de Sobolonye conocido por criar abejas. La tosca estructura se alzaba sola en lo alto de una cuesta poco empinada y orientada al sur, rodeada de un espeso bosque de abedules, pinos y alisos. El lugar era solitario pero muy bonito y, en otras circunstancias, Trush tal vez hubiera apreciado su encanto. Pero ahora no había tiempo, eran las tres de la tarde y el sol ya estaba en el sudoeste, a la altura de las copas de los árboles. Cualquier calor que hubiese generado por el día, luminoso y corto, se estaba disipando con rapidez.

La primera señal de que algo iba mal fueron las cornejas negras. Estas siguen a los tigres de la misma forma que las gaviotas siguen a los barcos pesqueros; se pegan al que ha hecho la captura más abundante y así ahorran fuerzas y tienen el sustento asegurado. Al apearse del Kung, Trush y sus compañeros oyeron los graznidos estridentes de las cornejas concentrados justo al oeste de la carretera de entrada. Trush observó los cuerpos oscuros de los pájaros revoloteando sobre los árboles y, aun en el caso de que no le hubieran avisado de antemano, esto le habría dicho todo lo que necesitaba saber: algo grande había muerto, o agonizaba, y lo estaban vigilando.

Delante de la cabaña de Markov había aparcado un camión pesado que pertenecía a su buen amigo Danila Zaitsev, un hombre reservado y trabajador de cuarenta y tantos años, que

también criaba abejas. Era un mecánico avezado y su vehículo, otro desecho del Ejército, era uno de los pocos que todavía funcionaban en Sobolonye. Con Zaitsev estaban Sasha Dvornik y Andrei Onofreychuk, ambos padres de familia de unos treinta años que solían cazar y pescar con Markov. Por su aspecto demacrado, era evidente que no habían dormido demasiado la noche anterior.

Saltaba a la vista que había habido mucha actividad en torno a la cabaña. Había un montón de huellas de distintos tipos, que se mezclaban de tal manera que, al principio, fue difícil diferenciarlas. Trush abordó esta enmarañada madeja de información igual que un detective; en alguna parte dentro de ella había un principio y un fin, y en alguna parte había también un móvil, quizá varios. Cuesta abajo, más cerca de la carretera de entrada, le llamaron la atención dos rastros en particular. Uno se dirigía al norte subiendo por la misma carretera a paso normal; el otro se dirigía al sur desde la cabaña. Ambos iban directos al otro, como si el encuentro hubiera sido intencionado… como si se tratase de una cita o algo similar. Las huellas que se dirigían al sur eran dignas de atención, no solo por ser de tigre, sino también porque había distancias grandes —de tres metros o más— entre cada grupo de impresiones. En el punto en el que se encontraban, las que iban al norte desaparecían, como si la persona a la que pertenecían hubiera dejado de existir. Allí las más grandes, las de tigre, se desviaban hacia el oeste y cruzaban la carretera de entrada en ángulo recto. Su espaciado regular indicaba que su dueño, a un paso normal, se había internado en el bosque, en dirección a las cornejas.

Trush llevaba una cámara de vídeo cuyo ojo imperturbable grabó la escena sin omitir detalle alguno. Solo ahora, en retrospectiva, llaman la atención la firmeza de su mano y su voz mientras filma el lugar y narra lo que ve: la cabaña tosca y el claro cubierto de maleza donde se encuentra; la senda del ataque y el

lugar del choque, y luego el largo reguero de rastros horribles. No le tiembla el pulso al recorrer la nieve rojiza y pisoteada, captando la pata trasera de un perro, un único guante y una bocamanga ensangrentada de chaqueta antes de detenerse en una pequeña extensión de terreno pelado a unos noventa metros en el interior del bosque. En este momento, el audio capta un súbito grito sofocado, una especie de arcada. Es como si acabara de entrar en la guarida de Grendel.

La temperatura es de treinta grados bajo cero y, no obstante, aquí la nieve se ha derretido por completo. En medio de este círculo oscuro, como una suerte de ofrenda ritual, hay una mano sin brazo y una cabeza sin rostro. Cerca, un hueso largo, probablemente un fémur, ha sido roído hasta quedar blanco por completo. Más allá, el rastro se mete en el bosque. Trush va tras él, mirando a través de la cámara, y sus hombres y los amigos de Markov le siguen de cerca. Solo se oye el crujido de la nieve bajo sus botas y los ladridos del perro a lo lejos. Siete hombres se han quedado mudos, anonadados. Ni un sollozo; ni una maldición.

La perra de caza de Trush, una laika pequeña, les precede, cada vez más excitada; sus ladridos son progresivamente más agudos. Su hocico se estremece al captar el olor a sangre y a almizcle de tigre, pues ella es la única que se atreve a expresar su miedo más profundo: el tigre está ahí, en alguna parte delante de ellos. Los compañeros de Trush ya no llevan los fusiles al hombro, ya que le cubren mientras filma. Llegan a otro espacio en el que la nieve se ha derretido, esta vez un óvalo grande. Ahí, en medio de las ramitas y hojas que tapizan el suelo, está todo lo que queda de Vladimir Ilych Markov. De entrada, parece un montón de ropa sucia, hasta que se distinguen las botas, los fragmentos luminosos de huesos rotos que sobresalen de ellas, la camisa hecha jirones con un brazo todavía en una de las mangas.

Trush nunca había visto un ser humano aniquilado de manera tan concienzuda y horripilante y, mientras filmaba, su